



+ 1119275

c.

Dell
com

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO DE 1861 Á 1862,

PRONUNCIÓ

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALLADOLID

EL DOCTOR DON FELIX PEREZ MARTIN,

Catedrático de Historia Universal en la Facultad de
Filosofía y Letras y Abogado del Ilustre Colegio de la
misma Ciudad.



VALLADOLID:

—
IMPRENTA DE LUCAS GARRIDO, 1861.

DISCURSO INAUGURAL
DEL CURSO DE 1881 A 1882

Omnis summa philosophiæ ad beatè
vivendum refertur. (*Cic. 2 de fin. 27.*)

Quàm magnus, qui invenit sapien-
tiam et scientiam! sed non est super-
timentem Dominum: timor Dei super
omnia se superposuit. (*Eccles. Cap. 25.
v. 15 et 14.*)

Ilmo. Señor :

Solemne en toda la Nacion es hoy el acto de reanudar las tareas literarias por algun tiempo interrumpidas: solemne la voz de *alerta*, que se dan profesores y alumnos para acudir á su respectivo puesto y ejercitar, cual vigorosos atletas, las nobles facultades del espíritu en el anchuroso estadio de las ciencias.

Oh! si fuese dado á mi débil voz, para contribuir de un modo digno al lustre y honra de esta Universidad, excitar y enardecer el entusiasmo de sábios por una parte y de ansiosos de saber por otra, despues que tantos y tan célebres Maestros desplegaron desde este sitio el radiante brillo de la elocuencia, logrando cautivar la atencion de su ilustrado y numeroso auditorio!

Confieso que poseido mi ánimo de semejante recuerdo, cuando el cumplimiento del deber, cuando la obediencia me precisó á tomar sobre mí tan distin-

guido encargo, me sentí como abrumado bajo un enorme peso: angustiábame cada día mas la elección del asunto, pareciéndome imposible salir de tan congojosa situación. Mas hé aquí, que de repente, como viajero extraviado en tenebrosa noche que vislumbra en lontananza una centelleante luz, me veo asaltado de un gozo singular: ensánchase mi corazón, porque ocurre á mi mente una idea luminosa que me infunde esperanza, dá aliento á mi cortedad y desvanece completamente todos mis temores.

La imaginación excitada me representa este recinto sagrado, este templo de la sabiduría, y mi ánimo se convence de vuestra indulgencia: porque *el saber en el hombre*, decía para mí, *fué siempre limitado: el que mas adelanta en sus caminos, ve alejarse mas y mas su horizonte: por eso el verdadero sábio nunca fué intolerante ni exclusivo, y ni aun mira con desdén el débil esfuerzo de quien aspire, aunque sea solo, á indicar la cumbre, á donde él no puede llegar.*

Alentado así y arrebatado en alas de esta idea, ya no he temido la catástrofe Icárea, al verme elevado á esta veneranda tribuna.

Ahora bien, sábios Maestros: respetuosos alumnos: vosotros también los que ansiosos de saber, ó llevados de una laudable curiosidad, habeis acudido presurosos á otras solemnidades como esta: evocad por un instante los tiempos que podais recordar; y

no dudo, os complacereis llenos de satisfaccion, reproduciendo con vigorosa energía en vuestra mente las dulces y tiernas emociones que entonces experimentasteis.

Porque no podreis menos de gozar en tales reminiscencias el placer consiguiente á la brillante perspectiva que os presentara, ya las ciencias de la naturaleza con sus maravillosos triunfos sobre el mundo visible, casi próximas á enseñorearse del último baluarte, desde el cual hubieran de ejercer sobre él un absoluto dominio: ya las filosóficas con sus varios sistemas y sus luminosas doctrinas, analizando el mundo racional y moral, hasta escudriñar los mas ocultos arcanos, sentar máximas profundas y formular los mas justos y saludables consejos, para evitar el error y practicar el bien, sobre cuya base está cimentada la vida del espíritu: ya las religiosas, las sociales y políticas, demostrando el derrotero que el género humano ha seguido ó debe seguir en su vida exterior por la via del progreso moral y material, hasta llegar á crearse una atmósfera libre, culta y con todos los elementos necesarios para prestar satisfaccion completa á sus anhelantes deseos.

Sentireis asimismo renovarse en vuestros ánimos el ardiente entusiasmo producido por las vigorosas espresiones, con que, ilustrada la inteligencia, era excitada la voluntad á nobles propósitos, á resolucio-

nes grandiosas, para seguir de cerca y aun exceder á cuantos en la carrera de los estudios se habian hecho admirar por su virtud, laboriosidad y saber profundo, huyendo con decidida firmeza del vano orgullo y de la jactanciosa presuncion, hija primogénita de la ignorancia.

Y qué podré yo deciros, que os interese, despues de recordar esas y otras tan útiles materias que cada año se os explanán en esta clase de discursos, cuando ricas imaginaciones, profundos talentos y plumas elocuentes han ofrecido á vuestra consideracion maravillosas creaciones artisticas, os han explicado verdades trascendentales y os han dilucidado altas é importantes cuestiones filosóficas?

Sin embargo, llevado yo de la idea espresada desde este sitio por uno de mis sábios Maestros, á saber, *que un discurso inaugural debe ser la primera leccion del curso*, he creido conveniente sobre todo, dirigirme con especialidad á los que van á entrar en nuestras aulas, á esos tiernos jóvenes que aun se mecen en la cuna de las ilusiones y que algun dia, reflejando nuestras doctrinas, serán tal vez, como representantes de la ciencia, los que rijan los destinos de la Sociedad.

Habré por lo tanto logrado mi objeto, si consigo indicarles los medios de utilizar individual y provechosamente las admirables é inmensas riquezas, que

los continuados esfuerzos de un sinnúmero de sábios han atesorado en el espacioso y encumbrado templo de Minerva, para digno y glorioso premio de cuantos, superando las escabrosas dificultades de la subida, logren llegar á la cima y penetrar hasta el centro de su santuario.

Si meditamos sobre lo que ha sido, es y podrá ser el género humano: si vamos siguiendo su marcha progresiva desde la primera familia por las tribus, los pueblos, las grandes sociedades políticas: si consideramos las varias vicisitudes, las continuadas revoluciones que se han sucedido en los siglos que nos precedieron: si reflexionamos asimismo acerca del hombre, y estudiamos su nacimiento, su desarrollo, su vida en fin desde la infancia hasta la decrepitud: veremos tan claro como la luz del día, que la Humanidad, lo mismo que sus individuos, marchan siempre apoyados en la esperanza, ansiando un estado mejor y poseídos del afán de ser dichosos.

Grabado profundamente el deseo de la felicidad en el corazón del hombre, todo su anhelo, todos sus conatos fueron y habrán de ser, desde las delicias del paraíso hasta el temblor del último día, caminar en pos de esa idea dominante, móvil y guía de todos sus pensamientos, de todas sus acciones; idea sublime y fecunda á la par que terrible y pavorosa: siempre benéfica y saludable en la especie, mas por des-

gracia no pocas veces atrabiliaria y funesta en el individuo.

Ella sedujo (*eritis sicut Dii, Gen. 5.*) á la mas bella mitad del género humano, y lo que fue peor, esa seducción llevó tras de sí la caída de la otra mitad, y en esta la de todos sus descendientes.

La terrible pena que desde entonces recayó sobre la Humanidad toda, la condenación á las miserias, á los sufrimientos continuos desde la cuna al sepulcro, pena y condenación que así pesan sobre la púrpura y el oro de los sáculos, como sobre el césped y la burda piel de las cabañas, que así abruma al conquistador orgulloso y al opulento atesorador, como al abatido esclavo y al haraposo mendigo, por mas que estravien y desesperen tal vez á algun desgraciado, no por eso sin embargo contribuyen menos á fijar y estimular mas vivamente en el corazón humano ese instintivo conato á buscar la felicidad.

A este fin van dirigidos todos los esfuerzos del hombre: á él subordina todos sus trabajos en el orden material, procurando los medios de satisfacer sus necesidades, sus gozes y placeres: á él encamina la actividad de su espíritu, ya ofreciendo en variadas formas las atrevidas producciones de la imaginación, ya combinando verdades y deduciendo consecuencias instructivas y útiles á la vida.

Así es como supuesta la perfectibilidad del inge-

nio humano, y tomando por base el estado de civilizacion de las naciones cultas, le vemos afanarse en pos de cuanto lisongea los sentidos, de cuanto anhela su espíritu, para dar pábulo á todas sus facultades y aspiraciones: y aprovechando los desvelos de sus predecesores, reconocida la insuficiencia de los esfuerzos parciales y aislados, ha distribuido los diversos medios de contribuir á la felicidad comun, para poder asi alcanzar la individual.

Ha conocido á Dios con el auxilio de la revelacion, y apoyado en ella se ha elevado hasta el empíreo escabel del Omnipotente: ha estudiado y sometido á su dominio á fuerza de continuados trabajos la naturaleza material, hasta arrebatarla sus secretos y dominarla en todas direcciones: ha penetrado dentro de sí mismo y ha deslindado sus propias facultades y el oficio y destino de cada una, hasta escudriñar la reciproca influencia y el admirable consorcio del espíritu y el cuerpo; y con tales elementos, fija la atencion en esa idea de felicidad que siempre le impulsa y le dirige, ha trazado el plan completo de los conocimientos humanos, y delineado á grandes rasgos, le ha grabado con indelebles colores en el sagrado alcázar de Minerva.

Vosotros, jóvenes estudiosos, á quienes ya contemplo, por efecto de vuestra ardiente fogosidad, anhelando conocer y estudiar este plan, este admirable

cuadro, para tomar cada cual la parte que mejor se le adapte, á fin de aunar los esfuerzos y corresponder no solamente á las esperanzas de vuestros padres, sino tambien á los fines á que os destinara la Providencia: fijad aqui toda vuestra atencion: tened esto muy presente: no se penetra en el santuario de las ciencias; no se llega á conocer debidamente las relaciones entre Dios, la naturaleza y el hombre, ya solo, ya en sociedad; ni se comprende el motivo y la razon de las leyes que regulan esas relaciones, sin una asidua y vigorosa aplicacion de las facultades del alma, sin una decidida y constante laboriosidad, hasta ver el fundamento y la íntima union de cuantos conocimientos puede adquirir el ingenio humano.

Penetraos de esta verdad, antes que alucinados tal vez por la sencillez del cuadro, os estrelleis contra el escollo de una insensata presuncion, mas peligroso y perjudicial todavia que el de una necia desconfianza.

La sencillez y la sublimidad, si bien se medita, son los caractéres de las obras del Altísimo: y si no deben alejaros de su estudio y contemplacion, ni lo accesible de la una, ni lo imponente y árduo de la otra: lo propio debe sucederos al examinar el cuadro de las ciencias con relacion á la felicidad, norte de nuestros deseos, de nuestra inteligencia y de nuestra libre actividad.

El Supremo Hacedor que ha grabado tan intensa-

mente en nuestro ánimo ese noble sentimiento, no lo ha hecho en vano, porque nunca fueron, ni pueden ser vanas sus obras, ni sus decretos: y al formar al hombre compuesto de espíritu inmortal á su imágen y semejanza, y de materia deleznable y perecedera, le dotó y adornó de admirables prendas, de facultades adecuadas á los altos é inescrutables fines de su infinita y omnipotente providencia. No solo le infundió instintos para su desarrollo y conservacion, como á los demas vivientes, sino lo que es mas de admirar, habiéndole destinado para imperar como soberano sobre todos ellos, le inspira un soplo divino, y haciéndole capaz de ejercer ese imperio, le dá tambien la noble facultad de ser dueño de sí mismo y de sus acciones.

Mas, ay! desgraciado de él, si no usa rectamente de tan altas prerogativas! Desdichado, si desconociendo su elevada dignidad, no dirige su vista y no endereza su rumbo hácia el fin providencial de los decretos eternos! Infeliz, si olvidando los principios de una sana moral y dejándose llevar de imágenes engañosas, seducido por el canto de las Sirenas, se propone ó cree hallar su bienestar en el ócio, en los deleites sensuales, en los honores, en las riquezas, en una palabra, en la sensual satisfaccion de las pasiones!

Bien pronto un triste desengaño, esclareciendo el halagüeno prisma que estraviara la luz de su razon,

desvanecería tan falaces ilusiones y le haría conocer los encontrados y peligrosos embates de que se vería hecho juguete.

Porque ni la actividad, vida del alma, se satisface con la inacción y ociosidad; antes bien por huir de tan fastidioso estado, caería en el vicio y en sus funestas consecuencias: ni la grandeza de nuestro espíritu se contenta con la hediondez de la sensualidad, cuyo fango le ofusca y embrutece: ni la elevación de los sentimientos que ennoblecen al hombre y le hacen aspirar á la inmortalidad, se compadece con la inseguridad de bienes efimeros que jamás calman el ánsia de aumentarlos: ni por fin el logro de cuanto apetecen ó apetecer pueden las pasiones humanas, corresponde nunca á las ilusiones que las estimularan, ni podría servir para otra cosa que para debilitar las fuerzas, avivar mas y mas la inquietud y agitación, y producir de consiguiente un disgusto continuo.

Combatido así necesariamente el hombre, ó del fastidio de la ociosidad, ó del oleage violento de las pasiones agitadas, desearía evitar tan degradante y molesta situación, buscaría nuevo rumbo para satisfacer sus nuevas aspiraciones, tropezaría en otros tantos escollos, y por último, envuelto en el torbellino de sus quiméricos deseos, perecería víctima de su insensatez ó imprevisión.

En medio, pues, del proceloso mar de la vida,

cuyas olas le agitan y traen, como el violento huracan á una debil barquilla, espuesto de continuo á zozobrar y sumirse en insondable abismo: ¿qué norte, qué brújula le sacará en salvo al puerto anhelado? O se abandonará cual desmayado náufrago, al verse cada vez mas distante de la playa? No: que la inteligencia, ese destello de la Divinidad, don admirable que recibió en la creacion de la bondadosa mano de su hacedor, para que fuese el gefe supremo del mundo visible, le grita sin cesar: ánimo, un esfuerzo mas, y repetido, ensalzando siempre la grandeza y sabiduría del Señor, te verás conducir suavemente por el fácil hábito de someter la materia al espíritu, las pasiones á la razon, no de otra manera que lo son las estendidas velas de la nave por el continuado soplo de un manso y apacible céfiro.

Animo, pues, é imitando á los ilustres héroes que te llenan de admiracion, á esos eminentes sábios que miras como lumbreras y verdaderos Mentores de la Humanidad, ejercita tu ingenio, sigue el ejemplo de su laboriosidad y constante aplicacion, y conseguirás indefectiblemente la luminosa aureola que orla y corona sus frentes gloriosas.

Mas ¿quiénes son, diréis, esos eminentes varones, esos ínclitos héroes, cuyo ejemplo ha de guiarnos en el camino de la felicidad? Lo serán esos gefes de escuela, esos fundadores de sistemas, que con

brillantes teorías lograron deslumbrar á sus adeptos y conducirlos por sus doctrinas, hasta que con no menor gloria y autoridad, y acaso con mayor número de secuaces, vinieron otros demostrando victoriosamente lo incompleto é insuficiente de la enseñanza de aquellos; y tras estos, otros y otros evidenciando á la vez lo necio é insensato de las aberraciones de todos ellos, para ser tambien despues refutados ó ridiculizados por los que les han sucedido?

Justa y muy fundada es por cierto la observacion: tal en efecto es el resultado que nos presenta la historia de los filósofos y sábios de escuela, y tales las consecuencias de sus elucubraciones y doctrinas, mientras han querido apoyarse en sus propias y únicas fuerzas naturales, ó por haber carecido de la revelacion, ó por haberla neciamente rechazado.

Desconociendo unos y olvidando otros la situacion actual del hombre despues del trastorno ocasionado por su desobediencia al Criador, han ignorado ó despreciado los fatales efectos consiguientes á rebelion tan ominosa: efectos que por otra parte aparecen evidentes y palpables á la sana razon, auxiliada de las doctrinas reveladas.

Porque la trasgresion del divino precepto abrió en la vida de los séres un camino de precipicios: la vergüenza en el primer momento coloreó en las megillas de los transgresores, y les hizo sentir en seguida la

debilidad de todas sus facultades. Sobreponiéndose entonces la materia por la acción sensual, traspasadas que fueron las leyes de la alimentación física, quedaron desreglados los principios de su unión y armonía con el espíritu; y envolviéndole luego en el laberinto infernal de las sensaciones, y ofuscando la luz de la inteligencia, le domina y arrastra con la vehemencia de los deseos, con el satánico torbellino de las pasiones.

De poco sirve que el hombre sienta en sí un elemento superior al impulso de estas pasiones, de poco que luche con esfuerzo y alguna vez las domene y contenga; porque bien pronto palpa el funesto desengaño de verse poseído y arrebatado por ellas con mayor furor y delirio.

Ahora bien: en medio de esta lucha de la materia contra la razón, y en medio de la ofuscación que la una produce sobre la otra: ¿qué extraño es, que tantas y tantas aberraciones, tantos y tantos delirios hayan sido el producto de los que han descollado en talento y querido sugerir á los demás sus conocimientos y discursos? Qué extraño, que veamos doctrinas tan opuestas en sus sistemas; tan diversas en sus tendencias y tan contrarias en sus aplicaciones, según que se inclinan á uno de los dos combatientes, la sensualidad ó la razón pura?

Así vemos á Dicearco de Mesina negar la existen-

cia del alma (*qui nihil omnino animum dicat esse, Cic. Tusc. 1. 11.*), á Epicuro fundar su dogma sobre esta negacion, á Empédocles confundirla con la sangre, á Zenon con el fuego, á Pitágoras y Xenócrates con el número, á Aristóteles crear un quinto elemento para animar al hombre, á Cleantes y Diógenes tomar este animal enigmático por blanco de sus mofas, y al músico Aristóxeno proclamar, que el alma humana era un producto espontáneo de las armonías acústicas, vibrante siempre como las cuerdas de una cítara.

Y si advertimos que otros con su alta penetracion llegan casi á vislumbrar la verdad: ¿no fueron bien pronto olvidados ó perseguidos? Asi en efecto lo fueron Anaxágoras y Platon, que dieron al hombre una alma inmaterial y al universo un espíritu: Sócrates y Cleantes, condenado aquel á beber la cicuta, y expuesto el otro al mismo peligro, si en su himno al espíritu puro y sublime, creador del universo, no hubiese cuidado de celebrarle bajo el nombre de Júpiter Olimpico.

Y qué de absurdos, qué de ideas trastornadoras no se han sostenido y propagado aun despues de la predicacion de la doctrina revelada? Simon Mago, Docetas, Cerinto, Montano proclamándose á sí mismo el Espíritu Santo personificado en la tierra, no solo hicieron gran número de prosélitos en los

primeros siglos, sino que han tenido imitadores en estos últimos tiempos.

Los Nicolaitas, Carpócrates de Alejandría con los Gnósticos, estableciendo como dogma el desprecio de las leyes, la comunidad de mugeres y de las riquezas, fueron los predecesores de los Waldenses, para renovarse en Rousseau, Baboef, Brissot, Saint-Simon y otros modernos.

Pablo de Samosata, Pelagio, Abelardo, Arnaldo de Brescia inician las mismas ideas, las mismas doctrinas que los que con el nombre de Kátaros y Albigenses en Francia, Gibelinos en Italia, Luteranos en Alemania, Puritanos en Inglaterra, establecieron despues como principio de la inteligencia el ejercicio libre de la razon y voluntad del hombre, precediendo así aquellos en la exposicion de tal doctrina á Wicief, Lutero, Calvino y Jansenio.

A Teódoto, á Noet, á Sabelio, suceden Scoto Erígenes, Espinosa, Condillac, Bolingbroke con las mismas ideas, con idénticos principios, confundiendo á Dios, á la naturaleza y al hombre en una misma entidad.

Los Ebionitas, los Heracleonitas, Arrio y Nestorio, negando la divinidad de Jesucristo, indicaron la senda que en el siglo pasado y el presente habian de seguir Freret, Voltaire, Holbach, Hegel que pone en duda la existencia histórica y real del fundador del

Cristianismo, y Strauss, cuyos delirios sobre Cristo, á quien considera, no como un individuo, sino como una idea, un mito metafísico, no debieran ni aun mencionarse.

Y cuántos despropósitos tambien, cuántos desvarios no se han propalado y defendido sobre la naturaleza material, sobre el mundo visible, su origen, su constitucion y su duracion? Mas, á qué recordar los sistemas, de Tales Milesio, fundador de la Escuela Jónica que establece el agua como principio universal; del de la Itálica, Pitágoras, que todo lo funda en la relacion de número, haciendo proceder de Dios y volver á su misma sustancia, así los espíritus como los cuerpos; de Anaximandro y Anaxímenes y Leucipo, que hacian emanar todos los seres, ó de un principio etéreo, ó del aire, ó del casual concurso de los átomos?

A qué hablar de otros y otros, á qué enumerar nombres y errores, á qué engolfarnos en las cosmogonias de los Chinos, Indios y Egipcios, ni en otras tan quiméricas, como extrañas invenciones, si es inconcuso y fuera de toda duda, demostrado por la historia del género humano, que el hombre no se basta á sí solo, para conocer su situacion actual, para dirigir sus acciones y pensamientos al logro de su felicidad?

Es verdad que creyendo hallar y buscando el camino recto en la célebre sentencia Déléfica, *Nosce te*

ipsum, y entregándose con abinco por el estudio de la filosofía al conocimiento de su naturaleza, al de las facultades de su propio espíritu y al de las propiedades de la materia, podrá tal vez convencerse, como los mas de los filósofos, que el alma debe ejercer su imperio sobre el cuerpo: aun mas, que la virtud, como sentaban los Estoicos, puede y debe conducirnos á la verdadera felicidad.

Pero, ¿habrá ya resuelto el problema? Se llamará ya con esto feliz? Ciertamente que no. Porque ni Zenon, ni Crisipo, ni Ariston de Quio, ni otros alumnos del Pórtico conocieron la verdadera virtud, ni los medios de practicarla. Asi los vemos discordar en sus doctrinas, admitiendo el Maestro varios grados de mas ó menos valor entre la virtud y el vicio, y desechándolos Ariston y otros; á la vez que ninguno llega á conocer la verdadera naturaleza del hombre, á la que segun ellos y los Peripatéticos, es preciso conformarse para alcanzar la felicidad por la que el hombre tanto se afana.

El mismo Sócrates, ese gran filósofo, víctima de su siglo y admiracion de la posteridad, ¿pudo por ventura llegar á su anhelado fin, ni enseñar á sus discípulos á conseguirle? No: pues sobre ser su enseñanza incompleta, considerando al hombre solamente con respecto á su racionalidad y facultad de pensar, dió ocasion con su libertad filosófica, á que

saliesen de su escuela, un Antistenes con los Cínicos y un Aristippo con los Cirenaicos, haciendo consistir la base de la moral, los unos en la privacion y los otros en el goce: un Pirron y un Eúclides de Megara, que adoptaron por principio, aquel dudar de todo y éste demostrarlo todo, sistemas que han tenido tambien secuaces en los tiempos modernos.

Tan cierto es que no puede haber sino aberraciones y delirios sin las doctrinas reveladas, sin ese libro divino, que con la palabra de Dios desde el Sinai hasta Patmos, ha venido iluminando á la Humanidad para llegar al camino de salvacion, á la verdad, á la vida en el *hombre-Dios* y en la observancia de sus preceptos, único medio de conseguir el fin á que fue destinada en la creacion.

Pues aunque es verdad que á costa de heróicos y reiterados esfuerzos ha sabido el ingenio humano investigar las leyes de la naturaleza, y parece que ha llegado casi á descubrir su fundamento, á conocer las sábias relaciones de todos los séres visibles entre sí, y con respecto al maravilloso conjunto del universo: ¿ha podido nunca por ventura variar, ni menos derogar esas leyes? No se ve precisado á reconocer un poder superior sustentador del orden y armonía del universo?

Ha logrado el hombre, sí, distinguir los principios fundamentales de la moralidad de sus accio-

nes, designar los límites de sus derechos y deberes y fijar las reglas de su conducta conforme á los sentimientos naturales que ha reconocido impresos profundamente en su corazón. Pero, ¿ha podido jamás sobreponerse á esos sentimientos, á esas reglas, y á esos principios, sin dar consigo en derrumbaderos y precipicios?

Ha llegado también á estudiarse á sí propio, á conocer la superioridad de sus nobles y vigorosas facultades, los medios de perfeccionarlas en todos sentidos, de dirigirlas con entera libertad, hasta escudriñar atrevidamente su propio origen y el de todos los demás vivientes, y la utilidad que de todos pueda reportar en provecho propio.

Mas en medio de tantos progresos y de tantos conocimientos adquiridos: ¿no se ha visto precisado siempre á confesar su pequeñez y proclamar su incapacidad, para comprender las causas primordiales y el gran poder de la sabiduría infinita que todo lo ha ordenado en número, peso y medida? Ha podido tampoco eximirse de todo error, ni penetrar y comprender la razón fundamental de su existencia y el fin á que debe dirigir todas sus acciones y pensamientos sin la luz divina de la revelación?

Aun así convencido ya el hombre de la necesidad del estudio de sí mismo, como ser racional, de las propiedades de su espíritu y de sus facultades

para ejercerlas rectamente y obrar conforme á los designios del divino Hacedor, que llegará á conocer con toda verdad y con la posible claridad por la ciencia sagrada que apoyándose principalmente en la revelacion, busca tambien el auxilio de la razon cultivada con el estudio: ¿podrémos ya considerarle suficientemente ilustrado, para que pueda lograr su felicidad? Deberá contentarse con ese estudio y conocimiento, como si estuviese destinado á pensar en sí solo y en su Hacedor? De ninguna manera.

Es el hombre esencialmente sociable: nace impotente é inútil para todo: crece, se ilustra y mejora su situacion con el auxilio de los otros; y seria tan odioso y vituperable aquel egoismo, como no podria menos de serlo la horrible ingratitud que resultaria de tan detestable conducta. Ni podria ser tampoco verdaderamente virtuoso, ni feliz, ni aspirar á serlo sin la mayor, sin la sintesis de todas las virtudes, la caridad: ese fundamento de la religion cristiana que preceptúa al hombre amar á los demás, como se ama á sí mismo, procurar la felicidad de los otros, á la par que la suya propia.

Necesita, pues, el hombre atender para ello, no solamente á su situacion en la vida, cuidando de su conservacion y de su bienestar, ya con respecto al equilibrio de los varios elementos constitutivos de su cuerpo, ya con relacion á sus necesidades y placeres

inocentes y recreativos, sino tambien á su posicion social y comunicacion con los demas individuos de su especie, en la familia, en el municipio, en la nacion, en el universo.

Y para satisfacer cumplidamente todas estas necesidades, de lo que no puede prescindir, si ha de lograr su felicidad, ¿no es evidente que tiene precision de estudiar y conocer, en mayor ó menor escala segun las circunstancias, despues de Dios y de sí propio, la naturaleza toda, ya en sí misma, ya destinada como fué por el Criador para el dominio y utilidad del género humano?

Es acaso menos notorio que para conseguirlo debidamente, le es indispensable dirigir y ejercitar su talento en buscar y sentar aquellos principios generales que son necesarios para hacer deducciones exactas, y calcular las relaciones de número y extension, la accion é influencia recíproca de todos los séres, las leyes que regulan sus movimientos, su fuerza; en una palabra, toda la disposicion del mundo visible, para hacer despues esas aplicaciones tan admirables del vapor, de la electricidad y las que aun habrán de inventarse por los ilustrados esfuerzos de la inteligencia y actividad humana?

Además, siendo tambien evidente, que no es posible la conservacion del género humano sin sociedad mas ó menos numerosa, como tampoco sin que cada

uno de sus individuos reciba y posea la recompensa debida á su actividad, atendida la imprescindible desigualdad de facultades: ¿No aparece la necesidad del correspondiente equilibrio sostenido por la justicia? Sí: que la justicia es ese sol divino, que ilumina, vivifica y alimenta al mundo social y político, y cuya accion es preciso se haga sentir por medio de un poder superior, de una Autoridad que vigile, administre y dirija á los asociados con una constante equidad, de manera que no solamente dé á cada cual lo que le pertenece, sino que le ampare en su posesion, y contenga ó reprima las demasías de la osadía y de la violencia, sin lo cual ni habria órden, ni paz, ni seguridad, ni seria posible la existencia del hombre y menos su felicidad.

Ved ahí ya bosquejadas en un sencillísimo cuadro las atenciones todas que necesita para lograr su bienestar el hombre, este ser admirable del universo, la última y mas perfecta obra de la creacion, en la que la sabiduria infinita formó el portentoso eslabon que une la tierra con el cielo, y cuya maravillosa estructura, lento desarrollo y evidente superioridad sobre el mundo visible, le demuestran la imprescindible necesidad de vigorosos y continuados esfuerzos para corresponder dignamente al admirable fin á que fuera destinado.

Cuerpo delicado y débil, espíritu inteligente y

activo, el equilibrio que constituye su bienestar, todo lo debe á la munificencia del Criador, á la vigilancia y amor de los que le ven salir á luz, á la benéfica accion de la Sociedad, que de consuno le preparan y conservan una serena y tranquila atmósfera, en que poder respirar, crecer y adquirir la robustez y el vigor, la ilustracion y el variado saber que le hacen dominador soberano de toda la naturaleza.

Ya os considero, amados jóvenes, comparando en vuestra imaginacion con este cuadro de las precisas atenciones del hombre, el no menos sencillo, que antes os indiqué, de los estudios y ciencias con que ha de procurar satisfacerlas.

En primer lugar, la filosofia, la ciencia de la razon, madre y procreadora de las artes, no solamente con las ciencias exactas, físicas y naturales ofrece á su contemplacion la naturaleza toda con sus variedades, sus producciones, su admirable concierto, su maravillosa hermosura y portentosa grandeza, que le demuestran la omnipotencia de un Ser supremo hacedor y pródigo conservador de todo; sino que tambien por medio de la historia, del racionio, del sentimiento moral y el de lo bello, le eleva por encima de todos los seres visibles y le convence de su propia existencia en un conjunto misterioso de espíritu y materia: conjunto que, si carece ya de la primitiva armonía, todavía inspirado y guiado por la

virtud y los grandes ejemplos, inquiere y conoce la verdad, la contempla y reproduce en variadas y encantadoras formas, que purificando el corazón é iluminando el entendimiento, encaminan la voluntad al amor de la belleza absoluta, Dios, para cuyo verdadero y claro conocimiento echa sin embargo de menos otra ciencia superior.

Ahí teneis ya esa misma ciencia, la Teología, ciencia sagrada que enseña por la revelación á conocer al verdadero Dios, su magestad, su sabiduría, su bondad y demás atributos; á la vez que perfecciona también el conocimiento de los deberes del hombre, naturalmente grabados en su corazón y en sus instintos, deberes que por una parte exigen el amor y respeto hácia el mismo que le crió, y por otra le dirigen al cumplimiento de lo que le interesa á sí propio y á sus semejantes.

Observad despues, cómo la Medicina y sus auxiliares le enseñan para esto á utilizarse saludablemente de las producciones espontáneas de la misma naturaleza, y de las que la industriosa ó científica laboriosidad prepara ó confecciona para la conservación de la vida, y para evitar ó remediar las dolorosas alteraciones de la economía animal; y cómo por fin la Jurisprudencia con las ciencias de gobierno que la siguen, establecen y dirigen con su estudio el buen uso que debe hacerse de los bienes de fortuna y de

los derechos, defendiendo los propios, respetando los de los demas coasociados y contribuyendo con todas las fuerzas al bien comun, al que debe siempre someterse y encaminarse el particular.

Aquí seria la ocasion de explicar detenidamente los pormenores y contornos de este cuadro, haciéndoos ver la armonía admirable, asi de las ciencias principales ya indicadas, como de las subordinadas á cada una de ellas, el íntimo enlace que las une á todas, como hijas de la sabiduría y el auxilio mútuo que se prestan para labrar y proporcionar al hombre su felicidad; pero sobre ser obra demasiado larga y que excederia los límites de un discurso, traspasaria tambien los que debe tener mi cometido.

Esto mismo sucederia, si os mencionase yo aquí los nombres venerandos de tantos ilustres sábios, de tantos bienhechores de la Humanidad, como en todos los siglos se han hecho admirar por sus portentosos esfuerzos y sorprendentes resultados en dilatar la esfera de los conocimientos humanos, asi en las artes, como en las ciencias.

Mas á qué entonar yo alabanzas á héroes que todos los dias se oyen celebrar por el sonoro clarin de la fama? á qué molestar mas vuestra atencion?

Concluiré, pues, Ilmo. Señor, recordando que si es cierto, que por la limitada capacidad de nuestro espíritu y el breve espacio de la vida, no nos es

posible abarcar todas las ciencias, y que por esta imposibilidad confiamos por lo comun á otros el cultivo y ejercicio de las que se refieren principalmente al cuerpo y á los bienes externos; tambien lo es, que sin el conocimiento de Dios y de nosotros mismos, no hay ni puede haber felicidad, porque ni hay ni puede haber verdadera virtud, ni facilidad de comprenderla, ni posibilidad de practicarla. Ni seria tampoco jamás feliz el hombre, que entregado á sí mismo y á la inaccion, renunciase al cultivo de la inteligencia y á la buena direccion de sus inclinaciones y deseos en provecho propio y en el de los demas: porque, ó no se distinguiría entonces de los brutos, esclavos de sus uniformes y groseros instintos; ó apareceria en la Sociedad como un tronco ó una piedra, segun la sentencia del filósofo Aristippo; ó lo que es peor, se haria un criminal, faltando á sus deberes, y como tal, debería ser espulsado de entre sus semejantes.

Ea pues, jóvenes estudiosos, si anhelaís la felicidad, si vais en busca de ese bienestar, cuyo sentimiento nace y crece con el hombre, y cuyo deseado logro produce el vagido de la infancia, las lágrimas de la niñez, los clamores de los mozos, las quejas de los jóvenes, los lamentos de los viejos, los suspiros de los ancianos: aplicaos al estudio de las ciencias, cuyo cuadro habeis visto rápidamente bosquejado, prefiriendo aquella ó aquellas que mas se

adapten á vuestras inclinaciones y circunstancias, y consultando siempre á los que os excedan en saber y en experiencia.

Mas verificada que sea la eleccion, procurad hacer un uso laudable y continuado de vuestras facultades naturales, imitando siempre el ejemplo de Plinio el anciano, que creia perdido el tiempo que no empleaba en el estudio. Pero ante todo, que sea con el objeto principal de conocer y alabar á Dios y sus obras, para preservaros así de todo error, y coadyuvar al santo fin á que os destinara la Providencia, en lo que únicamente consiste la felicidad.

Imitad á los verdaderos sábios, esto es, á los que tomaron por base de todas sus ocupaciones y estudios el *temor de Dios*: que sea este para vosotros, cual un astro refulgente que os conduzca desde el oriente de vuestra carrera hasta el sagrario de la sabiduría; persuadiéndoos de que es su principio, raiz, plenitud y corona, y aun la misma sabiduría, segun los divinos oráculos. (*Eccles. 1. = Job. 28. v. 28.*)

No os retraiga dificultad alguna: no os arredre la escabrosa aridez, que á los primeros pasos presenta el camino de la virtud y de las letras: seguid con docilidad y constancia la doctrina y el ejemplo de esos respetables Maestros que ahí teneis presentes y os esperan ansiosos de ilustraros.

Así llegareis á conocer los medios seguros de satisfacer todas vuestras necesidades con el auxilio de las ciencias, adquiriendo aquella tan profunda, como sólida instruccion, que os apropie el *Felix qui potuit rerum cognoscere causas* del poeta Mantuano, y os dé aquella firmeza de carácter propia del *Justo*, que segun el Venusino, (1) *sentiria impávido desplomarse en trozos el orbe sobre su cabeza.* —HE DICHO.

(1) *Justum, et tenacem propositi virum,*

Si fractus illabatur orbis,

Impavidum ferient ruinæ. (Od. 3, lib. 3.)

